



Giorgio Amendola (izquierda) y Enrico Berlinguer, miembros de la delegación italiana en el congreso de Bruselas.

LA "CARTA EUROPEA"

socialistas, los jóvenes estados nacionales y todos los demás países relaciones de cooperación pacífica en el respeto de la plena igualdad de los derechos y de los intereses de los pueblos».

Después de señalar que hay rasgos «generales y objetivos» para todos los países, pero que en cada uno de ellos los partidos comunistas actúan con plena independencia «conforme a las tradiciones y las condiciones», entra en la cuestión de la unión de las fuerzas de la izquierda. «Es posible avanzar de manera concreta en diversos países en la vía de la unidad de las fuerzas políticas y sindicales democráticas y hasta en la realización de acuerdos importantes sobre bases comunes». «Hoy es posible llegar a una definición de objetivos de renovación democrática en los cuales puedan reconocerse y cooperar en su realización todas las fuerzas que representan hoy la clase obrera, los trabajadores, las capas medias de los países capitalistas de Europa. Esta política de alianza amplia de todas las fuerzas democráticas, progresistas y pacíficas del pueblo está basada en el respeto recíproco, así como en el reconocimiento de la igualdad, de la diversidad y de la contribución original de cada fuerza». El comunicado introduce una importante novedad: la de prometer el mantenimiento de esa alianza no sólo en la etapa de lucha, sino cuando se llegase a implantar un régimen socialista. «Se trata, para los comunistas, de una política perdurable y de principio, que aplica según las condiciones concretas de cada país, hoy para el desarrollo de la democracia y la transformación de la sociedad, como mañana para la construcción del socialismo». Pero para crear «esta Europa occidental nueva y democrática» es necesario que caigan las barreras «como el anticomunismo y el antisovietismo que han dividido desde hace largos años las fuerzas obreras y democráticas». «Si ciertos dirigentes socialdemó-

cratas se siguen haciendo defensores del sistema capitalista, sin embargo, en grados diversos y en una gran variedad de situaciones, se desarrollan en el seno de los partidos socialistas y socialdemócratas la cuestión de la colaboración de clases, la preocupación de una acción consecuente contra el dominio del gran capital, la idea de que las transformaciones políticas y económicas profundas son necesarias». Un llamamiento final a los cristianos: «muchos de ellos» consideran la crisis de la sociedad actual y «condenan sus injusticias y concluyen que es preciso transformarla profundamente. Sus inquietudes se expresan en el seno de las Iglesias. La atracción por el socialismo crece entre los trabajadores cristianos y ciertas de sus organizaciones. Los partidos comunistas están atentos a estas evoluciones y a la aproximación que se manifiesta entre los trabajadores, creyentes o no».

Documento notablemente discutido en toda Europa. Donde la derecha ve un intento de minar la fortaleza europea, la extrema izquierda —los comunismos disidentes, los partidos revolucionaristas— encuentra concesiones: la primera, la aceptación de las estructuras interiores de la CEE —los partidos comunistas de Francia y de Italia participan ya en el parlamento de Estrasburgo—; la segunda, la concepción de una Europa occidental intermedia entre Estados Unidos y el comunismo; la tercera, una disolución de doctrinas en las grandes alianzas con otras ideologías e incluso un reconocimiento de estas ideologías en el caso de un triunfo de los regímenes comunistas. La importancia mayor de este documento, verdadera carta europea de los partidos comunistas, está en la traslación a la gran comunidad de los métodos políticos que se estaban empleando hasta ahora en el interior de los países: alianzas amplias, objetivos inmediatamente sociales, reconocimiento de ideologías democráticas.

Los CoNteM poRa ñEoS

El ratón en la botella de cerveza, la cucaracha en el botellín de bitter, la mosca en la penicilina... "Antes no pasaba eso", dice el Anciano. Es una frase que borda. La repite tanto, que le digo: "Oyéndole a usted, parece que antes no pasaba nada".

"Es que antes no pasaba nada", dice con la imperturbabilidad propia de sus años. Es un iluso del pasado. Pero no a la manera de los políticos, sino del pasado, de antes del pasado: el Anciano es viejísimo. "Las noticias raras, insólitas, venían todas del extranjero, sobre todo, de los Estados Unidos. En España no había nada raro. Estaba todo dentro de un orden natural". "Entonces, usted cree que tiene la culpa la extensión imperial de los Estados Unidos...".

"¿Y usted no?" "Pero los chistes antiguos estaban hechos a base de moscas en la sopa, de moscas en la leche". "Eso está dentro de un orden natural. La sopa y la leche no eran herméticas. Ofrecían una hermosa superficie; las moscas volaban, las cucarachas corrían, y los líquidos presentaban una tensión superficial que los insectos, no dotados de una educación que les hubiese sido necesaria, sin duda porque sus mayores la consideraban excesivamente politizada, los confundían con un sólido. No sé si me explico". "Ampliamente". "Pero nunca hubiesen podido penetrar en lo hermético. Ahora, sí. Estamos asistiendo a la decadencia de lo hermético". "Fina observación". "Haga usted con ella lo que quiera".

Será lo que pueda. Pero si me parece que ilumina algo lo que está pasando. Lo hermético está dejando de serlo. No por su voluntad, pero sí por la fuerza de las cosas. Hermes Trismegisto fue un sabio egipcio, veinte siglos antes de nuestra era: sus libros —los "libros herméticos"— contenían todo el saber de su tiempo. Pero se guardaban celosamente: sólo tenían acceso a ellos los iniciados. Los que prestaban juramento de fidelidad a sus principios. Gracias a ello podían gobernar. En efecto, saber en qué momentos se iban

a producir las crecidas del Nilo, cómo curar unas fiebres o cuándo habría luna llena, daba una superioridad sobre los demás. A condición de que los demás no lo supieran. Fue una gran tecnocracia. "¿Y no cree usted que el subdesarrollo actual de Egipto tiene algo que ver con eso?" pregunta el Anciano. "Hombre...". "Es a cosas duran fácilmente cuarenta siglos...".

Entre los herméticos entraron los cuerpos extraños, como el ratón en la botella. No sé si juraron antes o no. Supongo que sí, porque a los griegos, a los neoplatónicos, luego a los cristianos, les importaría escasamente ese juramento, que no era el suyo. Llegaron a tanto que dieron sus propios nombres al fundador y a sus ciencias (Hermes Trismegisto es un nombre griego; en su idioma propio debía llamarse Thor; ahora está confundido con un dios). Añadieron, discutieron, quitaron lo que no valía, profundizaron en lo que investigaban. Destrozaron el hermetismo.

Excepto para los herméticos. Sigueron puros e inalterables. Secretos y conjurados. Esotéricos. Y desaparecieron. "Está usted desbarrando", dice el Anciano. "Es propio de estos tiempos". "En efecto. Antes no pasaba eso". Ya ha colocado su frase, su compendio del paso de los tiempos. "Hemos quedado en que antes no pasaba nada". "Y cuando pasaba, no importaba. Era natural". "Pero usted es un prehermético". "No crea, no crea: soy de la Institución Libre de Enseñanza, que tenía también su hermetismo. Y me quedan mis resabios". "Se le notan". "Bueno, ahora ya no me importa. Lo malo era antes". "Luego antes...". "No, me refiero a un antes posterior a mi antes; antes de simplemente ahora, pero después del Antes...". "Pues si es verdad que es usted hermético". "¿Cómo cree que he llegado a mi edad?". "Hecho un desastre...". "Ande, ande, siga usted desbarrando...". "Si usted me da permiso...". Pero esas últimas palabras ya no las oyó. Estaba profundamente dormido. ■

POZUELO